



Artículo: Entrevista a Ernesto de la Torre Villar
Autor(es): Salmeron, Alicia | | Speckman Guerra, Elisa
Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM
Número: 56
Año: 1999
ISSN edición impresa: 0187-182X
ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Salmeron, Alicia y Elisa Speckman Guerra. "Entrevista a Ernesto de la Torre Villar" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 56 (1999): p. 29-35. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3941>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México
Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Entrevista a Ernesto de la Torre Villar

Alicia Salmerón

Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora

Elisa Speckman

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

El doctor Ernesto de la Torre es uno de los más antiguos y prestigiados miembros del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Su larga carrera comprometida con las instituciones académicas, la enseñanza y la investigación le ha valido un amplio reconocimiento en el país. Con el apoyo de una sólida formación en derecho, Ernesto de la Torre realizó sus estudios de historia en El Colegio de México y en la Sorbona, en París. De su labor como profesor universitario se han beneficiado el propio Colegio de México y la Facultad de Filosofía y Letras de esta casa de estudios, de la que es docente desde 1945. Su libro Metodología de la investigación bibliográfica, archivística y documental, que es un texto clásico en las escuelas de historia de nuestro país, es precisamente producto de esta labor. Como investigador, De la Torre se ha interesado por una gran variedad de temas que van desde la historia jurídica hasta la biografía y que recorren la historia de México desde la conquista hasta el siglo XX. También ha incursionado en la historia hispanoamericana. Pero sobre todo obras como El libro en México y Elogio y defensa del libro, así como recopilaciones de la magnitud de Lecturas históricas mexicanas dan cuenta de una vida entregada a las bibliotecas y los archivos mexicanos. El doctor Ernesto de la Torre fue director de la Biblioteca Nacional durante trece años; laboró otros tantos en el Archivo General de la Nación y dirigió el Archivo Histórico de Hacienda. También fue el director fundador del Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora al que le legó una magnífica biblioteca.

Para iniciar esta entrevista queremos preguntarle: ¿cuáles considera usted que son los libros fundamentales de nuestra época? Puede usted hablarnos de obras literarias o de filosofía, no necesariamente de obras históricas. Desde luego, más adelante nos gustaría que entráramos también en el campo de la historia.

La respuesta que yo pueda darles a esta pregunta será necesariamente muy personal, pues cada quien tiene sus preferencias. Sin embargo, considero que hay obras que, uni-

versales o no, impactan a toda una generación. Así es que voy a hablarles de los libros que se publicaron a partir de la década de los veinte y que, en mi opinión, fueron fundamentales para los jóvenes que nos formamos en aquellos años. También de algunos por los que yo tengo alguna predilección especial.

Antes de entrar a hablar de las obras en que se formó mi generación en particular, quiero mencionar que uno de los libros más importantes de la época moderna es aquel

en que Albert Einstein proclamó la teoría de la relatividad. Creo que ese libro no sólo transformó completamente a la física y a la ciencia en general, sino que también cambió la visión que se tenía del cosmos. Sin duda es una obra tan fundamental para las primeras décadas del siglo XX como en su tiempo lo fueron las aportaciones de Kepler o de Newton. Y desde luego que ese libro impactó a mi generación.

Ahora bien, en el campo de la literatura, el *Ulises*, de James Joyce fue muy importante para la formación de nuestra sensibilidad. También ocuparon un sitio privilegiado las obras de autores como Franz Kafka, Albert Camus y Jean Paul Sartre. Este último, sin duda, abrió una nueva etapa en la historia del pensamiento moderno. Asimismo, influyeron mucho en nosotros los autores españoles de la generación de 1898, sobre todo Miguel de Unamuno, con trabajos como *La agonía del cristianismo* y *La vida de don Quijote* y *Sancho*, pues sus reflexiones se apegan mucho a nuestra realidad, a nuestra cultura occidental, hispánica y cristiana, en fin, a nuestra idiosincrasia... Los leímos con mucho interés e indudablemente con mucho provecho. De los novelistas modernos españoles me gustan muchísimo Camilo José Cela y Miguel Delibes. Los historiadores debemos preocuparnos por la forma de escribir y, para mejorar el estilo, nada mejor que recurrir a buenos ejemplos o leer buena literatura. Las novelas también nos enseñan cómo representar o dibujar una sociedad y sirven como vehículo para conocer realidades ajenas a la nuestra. Por ejemplo, tomando los casos de los autores a los que me referí, resulta extraordinaria la forma en que Cela presenta el entorno urbano y Delibes el campo castellano, que es muy semejante al nuestro, también plagado de problemas, de situaciones extremas, de miseria...

Pasando a los trabajos sistemáticos en el campo de la filosofía, y pensando todavía en influencias europeas, considero que *El ser y el tiempo* fue fundamental para nuestra ge-

neración. Heidegger influyó mucho especialmente en los jóvenes que en aquellos años se interesaban por la filosofía, como Luis Villoro y Leopoldo Zea.

En el campo de la literatura mexicana, creo que una obra fundamental es *Muerte sin fin* de José Gorostiza. A Gorostiza tuve la suerte de tenerlo como maestro, por lo que en muchas ocasiones pude conversar con él. También fue mi profesor Julio Torri, con una obra muy diferente a la de Gorostiza, pero no menos impactante: Torri expresa sus ideas en pocas palabras, de forma somera y perfecta. En el campo puramente poético, los poemas de Jaime Sabines siempre han sido de mi predilección.

Por otro lado, la reflexión de Samuel Ramos sobre el perfil del mexicano me parece extraordinaria. Considero que constituye el punto de partida de otras obras de este tipo, de otros pensadores interesados en el tema, como el caso del propio Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*.

Todos los jóvenes de mi generación leímos también a Antonio Caso. Además fue maestro de algunos de nosotros. Cada una de sus clases era una verdadera conferencia. Era un gran orador; su fuerza discursiva nos impresionaba... También leímos las obras de Alfonso Reyes, las seguíamos conforme iban siendo publicadas. A Reyes lo conocí, tuve oportunidad de platicar muchas veces con él y en ocasiones recurrí a sus consejos. En especial *La visión del Anáhuac* se nos quedó muy marcada, pues pensábamos que ése era el México paradisiaco con el que podíamos contar. Asimismo, nos dejaron una grata impresión las obras de Juan Rulfo: *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*. Conocerlo personalmente fue además una gran experiencia, porque la obra escrita siempre está muy cuidada, muy pensada, pero en el trato personal, en la conversación, surge el hombre común y corriente y demuestra su iracundia, su impaciencia o su bondad. Creo que los miembros de nuestra generación tuvimos

mucha suerte de poder conocer a todos estos grandes autores. Gracias a ello sacamos un mayor provecho de sus obras. Quizá por eso sus libros nos impactaron más que a los miembros de las nuevas generaciones, que sólo han podido tener contacto con sus escritos. Además, ellos mismos fueron un valioso ejemplo para nosotros. En momentos álgidos para la cultura, lucharon por evitar que se impusiera una ideología y que se coartara la libertad de expresión. En la lucha universitaria, pugnaron por la pluralidad y por la posibilidad de expresar ideas diversas. Fueron personajes que vivieron de forma limpia, diáfana. Actuaron siempre de acuerdo con sus ideas y tuvieron el valor de defenderlas, aun en momentos de gran perturbación. Así, no sólo influyeron de forma importante en nuestra manera de pensar, sino que fueron grandes ejemplos de vida.

Bueno, creemos que ahora sí podemos pasar a las obras propiamente históricas. ¿Podría hablarnos de los libros que usted considera fundamentales en este campo y, quizá, también pueda hablarnos de las escuelas extranjeras que más influyeron en los historiadores de su generación?

En este punto podría yo referirme a muchas obras. Por ejemplo, *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler amplió nuestro panorama y despertó nuestro interés por temas que en México no se habían contemplado o que estaban olvidados. En este sentido también resultó muy importante el texto de Toynbee, que introdujo una nueva forma de entender y de ocuparse de la historia. Hay un par de libros más, unos sobre historia medieval que salieron a la luz en aquellos años y que también considero fundamentales. Uno de ellos es el de Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media*. Ésta es una obra sumamente valiosa porque el autor penetra en diversos ámbitos de la vida social, a la

par que toca aspectos de lo político, lo moral y lo cultural. El otro libro es el de Berchiaef, que fue recibido con mucho entusiasmo, aunque también con cierta zozobra. Su autor sostenía que la historia era cíclica y que avanzábamos hacia una nueva Edad Media, que nos encontraríamos con instituciones e ideas equivalentes a las que habían caracterizado a la etapa medieval. Esta propuesta generó una gran polémica. En lo personal, considero que podemos encontrar muchas semejanzas entre un momento histórico y otro, pero jamás una réplica. Además, el desarrollo científico y tecnológico que hemos alcanzado resultaría incompatible con las ideas del medioevo.

En fin, siguiendo con los textos que influyeron en nuestra forma de hacer historia, hay que mencionar los trabajos de Lucien Febvre y de Marc Bloch, los fundadores de la Escuela de los Anales. También es relevante el libro de Fernand Braudel, *El Mediterráneo en la época de Felipe II*, pues con él el autor logró una visión totalizadora de la sociedad. Braudel fue sin duda un gran historiador y yo tuve el privilegio de tenerlo como maestro. Cuando estuve en Francia estudiando, sostuvimos una muy buena relación y me autografió su libro... Creo que la escuela francesa, que ha seguido generando muy buenos investigadores como Raymond Aron o Pierre Villar, es la que mayor influencia ha tenido en los historiadores mexicanos.

Entre los extranjeros que han estudiado la historia de México y que han impactado a los colegas mexicanos nuevamente debemos reconocer a un grupo de franceses: Robert Ricard y Marcel Bataillon, quienes se dedicaron al estudio del proceso de evangelización y al campo de la cultura, y entre sus discípulos destacan Jacques Lafaye, y François Chevalier, quienes también han realizado grandes contribuciones a la historiografía mexicana. Por otro lado, hay que mencionar a los investigadores de la escuela de Chicago y sus estudios de historia cuanti-

tativa; a los iberoamericanistas de Berkeley, entre ellos a Woodrow Borah; y al grupo de alemanes que cuenta con historiadores como Horst Pietschmann y Gunther Kahle.

Por último, de las obras de autores nacidos en nuestro país aparecidas a principios del siglo veinte, creo que habría que destacar *La sucesión presidencial* de Francisco I. Madero, pues la considero fundamental para entender la época revolucionaria. Es una obra de cabecera, sin la cual no puede conocerse el México moderno. Para acercarse a esta etapa de la historia del país también resultan esenciales las obras de José Vasconcelos: *Ulises criollo*, *La tormenta* o *El proconsulado*, en las cuales, con pluma maestra y de forma clara, sincera y apasionada, el autor pintó a los personajes fundamentales de la revolución y presentó sus resultados. A mi parecer, ese conjunto de libros es el que nos permite un mejor entendimiento del movimiento armado.

Refiriéndonos ya a una historia más académica, destaca la obra coordinada por Daniel Cosío Villegas, *La historia moderna de México*, que se ocupa de los aspectos político, económico, social y cultural de toda una época. Esta obra es sumamente meritoria, pues se trata de uno de los primeros trabajos realizados en equipo y por investigadores que provenían de diferentes disciplinas. El resultado de esta suma de recursos fue muy rico y, si bien da cuenta de diferentes formas de hacer y de entender la historia, en toda ella se encuentra presente el espíritu de don Daniel. Así fue porque, además de compartir materiales, los manuscritos de los diversos autores se discutían en grupo y se incorporaban sugerencias.

Sabemos que usted realizó estudios de derecho previos a los de historia. También que a lo largo de su trayectoria como historiador se ha interesado por la historia jurídica. ¿Qué utilidad le reportó a usted su formación como abogado en el oficio de historiador?

Efectivamente me he interesado por la historia jurídica y para ello me ha sido muy útil mi formación inicial como abogado. Los estudios de derecho ayudan a entender mejor las instituciones y también otros aspectos de la sociedad. Para profundizar en ciertos campos de la historia, creo que siempre es bueno contar con un refuerzo. Por ejemplo, para el historiador interesado en la historia económica es muy provechoso haber estudiado algo de economía; eso le proporciona más herramientas de análisis.

Pero más allá de proporcionar ciertas herramientas para el análisis de leyes e instituciones, la formación en derecho marca toda una forma de pensar y de entender las cosas: una forma lógica, racional, que se desprende del estudio sistemático de la legislación y de sus transformaciones. En la escuela de derecho se estudia primero derecho romano, se pasa después a la etapa hispanista, luego a la intrusión del derecho moderno en el siglo XIX, al positivismo, a las escuelas kelsenianas, etcétera. Cada sociedad tiene su propio sistema y organización legal y, naturalmente, hay muchas diferencias entre el derecho de cada etapa. Todo eso es muy interesante... Los estudios de derecho permiten seguir la evolución de cada etapa y entenderla. Por eso creo que la formación jurídica da la posibilidad de comprender de manera integral el desarrollo de un país. El que no esté pertrechado de esos elementos puede llegar a un buen conocimiento, desde luego, pero le puede costar más trabajo llegar a él.

Usted también realizó estudios de música cuando era joven. ¿Nunca pensó en combinar su inclinación por la música con la historia, como hizo con el derecho y la historia?

Bueno, efectivamente yo estudié música aunque nunca pensé dedicarme a concertista. La música me gustaba mucho y, desde luego, me sigue gustando. Soy un gran a

cionado. Hoy día, a ciertas horas, sobre todo en la noche que estoy tranquilo, pongo mi música y me pongo a oírla una hora, hora y media... Mi gusto por la música es como el amor que se puede sentir por la pintura, por un bosque, por la naturaleza... Son cosas que te van llenando la vida cuando de la vida se te están desprendiendo cosas que ya no puedes retener y te quedan entonces estas otras y son esenciales para uno...

Soy un amante de lo que podríamos llamar los clásicos de la música, pero trato de estar al día y también escucho las innovaciones musicales de muchos grandes autores modernos. La música es mi mejor distracción y mi mejor diálogo, el mejor diálogo que puede establecerse... Sin embargo, no me he interesado por estudiar su historia en México. Para hacerlo tendría que saber mucho más de música y a eso no le he dedicado un tiempo especial. Hay muchos temas que me gustan y que he tenido que dejar de lado, porque creo que cada quien debe concentrarse en su disciplina para hacer bien su trabajo.

Usted se ha interesado, entre muchos otros temas, por la historia colonial. Nos gustaría que nos hablara un poco sobre los mitos con los que se ha encontrado en su estudio de esta etapa de la historia de México.

La historia está llena de mitos. El paso de un régimen a otro y, en general, el cambio político implica rupturas y, con ellas siempre surgen grupos que critican o alaban a sus antecesores. Algunas de esas opiniones se transmiten de generación en generación y se convierten en mitos. Los mitos surgen de la forma como se ve la historia... Durante la etapa del México independiente se crearon diversas visiones de la colonia, cada una respondía a la postura política de sus autores. Los más conservadores pensaban que esta época presentaba muchos aspectos positivos. Por ejemplo, pensaban que los funcionarios eran honestos y que

había poca corrupción, pues al término de la gestión gubernamental se realizaba un juicio de residencia. Pero yo creo que eso es una falacia. Siempre hubo corrupción, y en la época colonial fue muy grande y se encontró incluso en las esferas más altas: hubo virreyes que eran negociantes, sinvergüenzas, desobligados y el famoso juicio de residencia no servía más que para amenazar o quizá para ejercer algún control sobre los segundones. También el contrabando era un problema muy extendido, y estaban implicadas las autoridades. Esos males han existido siempre...

Ahora bien, los críticos de la colonia, en particular los liberales, presentaron una Nueva España donde todo era atraso y cuyas instituciones coartaban el progreso. Por ejemplo, presentaron la Inquisición como una institución que impedía el desarrollo del pensamiento y a ella se le achacaban todos los males posibles. Los conservadores, en cambio, vieron en la Inquisición a una institución que ayudaba a ordenar a la sociedad, porque finalmente la Iglesia apoyaba al Estado. Ambas visiones constituyen mitos. Porque cuando nos adentramos en el estudio de esta institución, podemos ver que tuvo aspectos positivos y negativos. Antes que nada, la Inquisición fue un instrumento del poder político para controlar a la sociedad. Entendemos que lo malo es que la Iglesia, en ese papel, se hubiera prestado para acallar las conciencias. Pero, por otro lado, también moderó conductas sociales. Por ejemplo, ayudó a limitar los abusos sexuales. Como se pensaba que esa clase de delitos —que atañen más a la moral, al fuero interno, a la conciencia del individuo— serían mejor juzgados por la Iglesia que por un tribunal común, fueron dejados a la competencia de la Inquisición. Eso fue un acierto. La Inquisición también es responsable de que en México no se tenga por costumbre blasfemar. Aquí la crítica o la indignación tomó desde entonces como blanco a personas reales, carnales... no a figuras religiosas.

En fin, es importante que el historiador entienda que existen diversos criterios para juzgar el pasado, pero sobre todo que sepa ver a qué intereses responde o qué persigue cada interpretación con la que se encuentra. Es fundamental que trate de valorar y dimensionar los aspectos positivos y negativos de cada etapa y contribuya así a desmitificar la historia.

Usted ha dedicado muchos años de su vida a tareas de coordinación y dirección de instituciones académicas: la Biblioteca Nacional y el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, por ejemplo. En una entrevista publicada por el IHH-UNAM en el libro para celebrar su cincuenta aniversario, usted habló ampliamente de esas experiencias. Nos gustaría pedirle ahora que nos hablara de otras, por ejemplo, de su labor al frente del Instituto Mora.

Bueno, yo estuve al frente del Instituto Mora por casi cuatro años, tres años y pico. Y una de mis tareas principales fue formar una buena biblioteca para el uso de los investigadores, cuya sólida formación importaba tanto. Recibí de inicio cerca de tres mil libros. En realidad, el Mora debería haber recibido un lote de seis mil, pero éste no llegó completo. Muchos ejemplares se perdieron en el camino. Pero esos primeros tres mil eran muy buenos para iniciar. Y comenzamos a trabajar para engrandecer esa biblioteca. Fernando Solana, que era entonces el secretario de Educación, me dijo: "Mire maestro, en la Secretaría tenemos muchos libros que no conocemos; lo autorizo para que vaya usted a ver y saque los libros que le puedan servir." Bueno, pues así lo hicimos, y resultó que aquellos libros eran de las bibliotecas que en su tiempo había organizado José Vasconcelos y que luego habían sido refundidas en bodegas. De ahí sacamos preciosidades. Por ejemplo, obtuvimos cuatro volúmenes de Piranesi que una empleada tenía envueltos en pe-

riódico y que usaba para sentarse más alto y para poner los pies protegiéndose del frío. Le quitamos el "banquito", desde luego, y nos llevamos esos libros. De esta manera, con el apoyo de Solana, expulgamos también la Biblioteca México y la Cervantes, gracias a lo cual el acervo del Instituto Mora se acrecentó. No me acuerdo cuántos volúmenes llegamos a reunir entonces, pero era una biblioteca bastante rica, bien formada. El objetivo era integrar una biblioteca especializada en historia de América. El Instituto había sido creado para preparar estudiantes que no compitieran con otras instituciones. La Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM tenía una carrera de historia que impartía una formación muy general y El Colegio de México, por su parte, estaba interesado en formar principalmente historiadores de México, de manera que pensamos que el Mora debía preparar alumnos en historia de América. Con el interés de apoyar esa formación, trabajamos por una biblioteca orientada a la historia de América. Más adelante, bajo otra dirección, el Instituto cambió su interés en favor de la historia regional y las políticas para acrecentar la biblioteca sufrieron cambios. En cualquier caso, la biblioteca es buena y el Instituto ha tenido el acierto de poner al frente a una magnífica bibliotecaria, la maestra Ana Buriano, que es una mujer muy competente y que ha hecho las cosas muy bien. La biblioteca ha crecido tanto ahora que ya no caben los libros ni en el nuevo edificio construido por Beulliuri.

En cuanto a la orientación que entonces tomó el Instituto especializándose en historia regional, creo que fue interesante, aunque yo soy partidario de dar continuidad a los proyectos y no cambiar tanto. Se pierde experiencia... De todas maneras, el que en el centro del país se haga historia de los estados puede ser bueno, mientras no se ignore y no se desligue de lo que se está haciendo en el interior del país. Porque hay lugares como Guadalajara, Monterrey y Puebla, por

ejemplo, donde se están haciendo trabajos de mucha calidad, a pesar de sus pocos recursos. Bueno, en Nuevo León sí hay muchos recursos y se está creando una red de bibliotecas impresionante. Si antes tenía que ir uno a Austin en búsqueda de algunos materiales, ahora uno puede encontrar una buena parte en Monterrey. En Guadalajara también se están haciendo buenas bibliotecas: El Colegio de Jalisco ha aumentado sus posibilidades de consulta con las bibliotecas de Cornejo Franco, Reynoso y Monterde. Pero otros lugares requieren apoyo para continuar con su labor. Personalmente, yo he regalado ya mi biblioteca a la Universidad de Puebla; Gastón García Cantú también le dio parte de la suya.

Volviendo al tema del Instituto Mora, como les decía, éste se formó cuando Solana era el secretario de Educación y lo apoyó mucho. Fue él, por ejemplo, el que nos envió la escuela de encuadernación. Aquello fue muy bueno porque con ella se daba un magnífico apoyo a la biblioteca y se podía

aspirar a crear todo un taller de restauradores. Yo comencé a hacer tratos con restauradores de libros en París para enviar alumnos mexicanos a formarse. La idea era que luego volvieran a enseñar aquí. Sin embargo, salí entonces del Instituto y aquello quedó pendiente. El proyecto era interesante, porque en México existen buenas escuelas de restauración, pero se dedican sobre todo a la pintura, la madera... y poco lo hacen con libros antiguos. De todo modos, entiendo que el Instituto Mora no perdió del todo aquel taller de encuadernación e incluso imparte algunos cursos sobre restauración. Creo que en esos años de fundación del Mora pudimos sentar buenas bases, bases intelectuales y materiales... Yo sigo siendo un usufructuario del Instituto: consulto la biblioteca y recibo sus publicaciones. Me parece que el Mora va muy bien, tiene ya casi diecinueve años y está dando sus frutos. Creo que está llamado a tener todavía un gran desarrollo... Tengo muy buenos recuerdos del Instituto. □

